EL ÁLBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... „ 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... „ 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO IX.—NÚM. 7

MÉXICO, 14 DE AGOSTO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO



Tiro de «Hurl Gate» en New York

TRES VESTIDOS BLANCOS.

El símbolo ha sido el lenguaje de los pueblos primitivos para comunicarse entre sí y con sus falsos dioses, y el símbolo, á despecho de la humana religión del Crucificado, á despecho de la ilustración de los siglos, consérvase degenerado pero latente en las costumbres de nuestra moderna sociedad. Pasaron los tiempos en que los hombres ignorantes creían leer su porvenir en signos vulgares de la naturaleza ó aplacar la ira de sus dioses *pecadores*, con sacrificios de animales inocentes; pero todavía existen símbolos poéticos ó místicos que ejercen saludable influencia en la vida de la mujer cristiana; todavía simbolizamos la inocencia en la paloma, la paz en el ramo de oliva, la fe en la cruz, la caridad en el corazón y la esperanza en el áncora. La poesía de estos símbolos sobrenada en los mares borrascosos que agitan contiendas nacionalistas, impresionando vivamente el corazón de la mujer que lucha por defenderlos contra las nuevas escuelas, que no admiten más lógica que la de los hechos, sobre todo si ellos matan en el alma los sentimientos dulces de fe, de amor y de cándidas venturas. ¡Funesta escuela para la mujer, que ha de subyugar por el amor y por la mansedumbre! Triste doctrina para la hija, la madre y la esposa, la que mata en su corazón las ilusiones que son su ventura, por la materialidad de la vida.

Nosotros, que veneramos los símbolos poéticos y místicos, que no comprendemos á la mujer espíritu fuerte, sino espíritu sumiso; que deseándola ilustrada no la queremos en rebelión contra antiguas prácticas de la religión ó de la familia, vamos á ocuparnos de uno de los símbolos que tiene más influencia en su vida y que pudiéramos decir que la comprende toda, porque en él cífranse sus creencias de niña, en él se cimentan sus ilusiones de joven y con él comienza su sacerdocio de esposa y madre. Consiste este símbolo en tres vestidos blancos que forman época en la vida de la mujer. Con el primero se viste para entrar por vez primera en la casa de Dios y recibir las aguas del bautismo; con el segundo se acerca al ara para recibir por vez primera la Santa Eucaristía; con el tercero se dispone á recibir al esposo que en ella deposita su amor, su nombre, su hacienda y el porvenir suyo y de sus hijos. Dichosa la que habiendo vestido el primero, viste con buena disposición de espíritu el segundo y sale victoriosa de las luchas á que la sujeta el tercero!

Recíbese un niño siempre con regocijo al venir al mundo, y hasta que se conoce su sexo no acaba la madre de completar su canastilla, porque el faldón y la gorra de cristianar, blancos siempre, han de ser con lazos rosa para la niña y azules para el niño, como si desde que viene al mundo se consagraran á la mujer el blanco y el rosa, emblema de la inocencia y de la cándida ilusión. Hermoso vestido de encajes y lazos el que nos conduce á la casa de Dios y nos aproxima á la fuente bautismal, poniéndonos bajo la guarda de la religión cristiana y haciéndonos dar el primer paso en la senda trazada por Jesucristo! El sér que tal beneficio recibe, no tiene conciencia de la importancia de aquel acto; pero llegará un dia en que por él se encontrará en actitud de aspirar á los altos fines para que fué criado, y tendrá su espíritu la fe que sostiene en las adversidades de la vida, la esperanza en un Sér superior que no le abandona y la caridad que le ofrece ventura en los mismos beneficios que otorga; y si se trata de la mujer, tendrá de seguro la santa resignación que hace soportables todas las contrariedades y leves todos los dolores: con raras excepciones, la que comienza cristianamente su vida, no se aparta de la senda de la virtud, y así, acariciada por el amor de sus padres, fortalecida con las máximas cristianas y educada por maestros piadosos é instruidos, llega á la edad en que suficientemente preparada, se acerca á la ara santa á recibir el cuerpo del señor.

Está entonces la niña en esa edad que la asemeja al capullo entreabierto, que aún necesita del vigor del sol y de los jugos de la tierra para llegar á mostrar su espléndida hermosura. Su corazón, como el barro de modelar, recibe todo lo que en él quiere trazar el buril, y su espíritu, cual débil junco, oscila á merced del menor soplo del viento: entonces, más que nunca, necesita la niña apoyo, sostén, máximas que fortalezcan su virtud y ejemplos que ilustren su entendimiento, que pronto habrá de apreciar en su justo valor y medida acciones sociales que hasta entonces se le han presentado envueltas en denso velo; este es el momento oportuno de ataviarla con el segundo vestido blanco, emblema de la inocencia en que aún vive su alma, y cubrir su cabeza con el blanco velo de las vírgenes del Señor. Es muy común preparar á la cándida niña para este solemne acto con ejercicios piadosos y pláticas filosóficas sobre los principales misterios de nuestra religión, que generalmente están á cargo de uno de sus ministros; pero si la madre de la niña tiene ilustración bastante para prepararla, á nadie debe confiar tan hermosa misión. Hay delicadezas en el alma de la mujer y de la niña, que no comprende jamás el hombre, aunque sea ministro del Señor, y sólo una madre instruida y virtuosa puede salvar los escollos de una preparación en que la inmoralidad lucha para abrirse paso entre las máximas de la más severa virtud y el más austero misticismo. La que escribe estos ligeros apuntes, háse visto sorprendida más de una vez por preguntas infantiles, hijas de la inocencia, y nacidas de la preparación hecha por algún sacerdote para ese primer acto importante de la vida de la mujer. ¡Es tan fácil abrir la puerta á la malicia cuando el alma fluctúa entre las auras de la inocencia! Dichosa la madre que en sí tiene ilustración bastante para no confiar sino en aquella medida estrictamente necesaria, la preparación de su hija á un extraño y hasta ponerse de acuerdo con él para acordar el límite en que debe detenerse su instrucción.

Llegamos al tercer vestido blanco, al que entraña más interés, con el que sueñan todas las jóvenes, y que si no va acompañado de muchas condiciones que aseguren, hasta donde la mezquina razón humana puede asegurar el porvenir, tórnase quizás en la blanca vestidura con que se conducía á las víctimas al sacrificio! La joven que ha pasado los primeros años de su juventud escuchando frases lisonjeras, oyendo celebrar sus gracias, sus talentos, si los tiene, su elegancia, si su fortuna le permite una buena modista, corre el riesgo de no estudiar como debe el acto serio y trascendental que necesita la última vestidura blanca, como si allí terminasen su inocencia, su candidez y sus ilusiones: allí terminan, en efecto, trocándose en venturas de otra índole, más prácticas, menos ideales; ya no vaga la imaginación en desvaríos placenteros, ya no sueña la mente con rosadas tintas, ni aguarda el alma con cada nueva aurora una ilusión distinta de la del dia anterior. La razón ha envejecido en un solo dia, el alma se ha trasformado, y la niña, inconsciente de sus propios actos, se ha hecho ser responsable hasta del más trivial de sus actos. De ella dependen ya el bienestar de todos los de su casa, desde el marido hasta el último de sus criados; de ella la buena distribución de los bienes que adquiere el marido; de ella la paz interior del hogar, y de ella, en muchas ocasiones, hasta los extravíos del esposo. ¡Qué preparación del espíritu necesita la mujer al vestir el último vestido blanco que las más de las jóvenes consideran una gala más! También para esta última preparación es de gran utilidad una madre prudente; ¡pero cuántas desposadas no tienen en acto tan importante más consejero que su propio instinto! Sin embargo, hay tal sutileza en el instinto de la mujer, que él basta á guiarla, si tiene carácter prudente y sólido raciocinio. Lo primero que debe estudiar al casarse es el carácter de la persona á quien se enlaza, porque el carácter es la base de la felicidad doméstica, mucho más que la fortuna, porque con mediana fortuna y vida ordenada, puede ser muy feliz una mujer, y con grandes rentas y un marido de malas costumbres ó genio violento, no lo será jamás. Convengo en que el carácter se conoce mal antes de vivir bajo un mismo techo, y que muchas jóvenes que pensaron unirse á un manso cordero, halláronse enlazadas con un terrible león; pero aun en este caso, la mujer puede hacer soportable el mal que ya no tiene remedio: abarque con ánimo sereno y no se disimule el defecto con que tiene que luchar, que los peligros se salvan apreciándolos en toda su extensión, no volviendo cobardemente los ojos al lado opuesto; oponga á la violencia su mansedumbre, á la obstinación ajena la dulzura propia, haga el sacrificio de su amor propio en las cuestiones que puedan surgir, é inmole su personalidad en aras de la paz doméstica y del porvenir de sus hijos, que son los primeros castigados en las discordias matrimoniales. Y si llegan dias trabajosos para los intereses de la familia, si los malos negocios y no la mala conducta roban á la hacienda beneficios con que antes contaba, sea la mujer la primera en acudir con su hacienda ó con su trabajo á salvar la dignidad de su marido, que á no ser un hombre depravado, estimará en lo que valga tan noble acción.

Tenga, en fin, en cuenta la joven que llena de ilusiones se viste su tercer vestido blanco, que entonces comienza su verdadera misión sobre la tierra, y vea si hay en su espíritu fortaleza para las luchas á que se prepara. Bien sé que hay mujeres privilegiadas á quienes todo sonríe: fortuna, cariño, carácter y costumbres de los séres que la rodean. . . . . pero ésta es una lotería que á pocas toca en suerte, y que, como la vida es larga, quién sabe si el cielo le guarda como madre las pruebas á que no la sometió como hija y como esposa.

Hé aquí los tres períodos en que se reparte la vida de la mujer: el primero de inocencia, el segundo de ilusiones, de deberes y sacrificios el tercero, vistiéndose de blanco para empezar cada uno, pero sin necesidad de lujo ni telas

costosas. El símbolo es el color, la sencillez de la hechura y la humildad de las telas deben completar su significación, dejando encajes y joyas para otros actos más en armonía con las pompas mundanas, que esos que son emblema de inocencia y de candor. ¡Dichosa la mujer que habiendo vestido el primero, al empezar la vida, viste con buena disposición de espíritu el segundo y sale victoriosa de las pruebas á que la sujeta el tercero!

Madrid, Julio de 1887. JOAQUINA BALMASEDA DE GONZÁLEZ.

UNA PESETA.

Pues señor..... (y va de cuento) en el borde de una acera, no me acuerdo de qué calle, me encontré una peseta: ¡momento feliz! ¡quién no es feliz al encontrarse algo, aunque este algo sea una peseta! Que la cogí, no hay para qué decirlo; soy española, y un español coge lo que encuentra, pero no todos los españoles piensan sobre lo que cogen, y aquí empieza mi cuento, porque desgraciadamente yo pensé acaso más de lo necesario sobre aquella peseta. Vamos á ver cómo en buen castellano y sin afrancesado estilo logro explicar cuanto cruzó por mi pensadora mollera ante el lustroso círculo de una peseta.

Encerrado mi hallazgo entre los pliegues de un bolsillo de percalina, llegó sin ningún contratiempo al modestísimo albergue donde vive mi persona, y fué cuidadosamente puesta en un sortijero de porcelana, mientras desprendía de mi cabeza esas marañas de seda que la moda llama velo; mis ojos, pertinaces cuando están animados por alguna meditación, se obstinaban en acariciar con su mirada la brillante moneda, y tanto la miraron, que al fin consiguieron grabarla en los últimos pliegues de mi cerebro, que ante la nueva imagen que veía, desarrolló con toda su fuerza la cualidad observadora y analítica que acaso es la única que le caracteriza: tales sucesos dieron al traste con mis costumbres de arreglo, y sin recoger ni guantes, ni abanico, ni esos mil objetos que componen el traje de la mujer, cogí la pluma, y colocando la peseta delante de mi tintero, empecé á ordenar como pude las impresiones recibidas ante la contemplación de una peseta, preguntándome, en primer lugar, para qué sirve, y terminando con la resolución de emplearla del mejor modo, atendiendo á las reflexiones expuestas en mi mal pergeñada relación.

Una peseta sirve..... hago un paréntesis para exponer un pensamiento ajeno á este relato y para seguir mi pícara costumbre de ponerlos, aunque no vengan á cuento: es el caso que yo, que tengo muchísimo respeto á la clase proletaria, siempre que de clases hablo la coloco la última, pues me parece más fácil y usual que el potentado venga al fin y á la postre á pertenecer á tan benemérita clase, que no el pobre y honrado trabajador ascienda como por ensalmo á los umbrales del templo de la riqueza, á no ser que se le muera un tío en Indias, ó lleve en cualquiera de sus apellidos la prueba textual de alta aunque oculta gerarquía; pues bien, siguiendo esta costumbre, voy á probar para qué le sirve una peseta al que tiene algunos millones de ellas.

Después de recorrer uno por uno (se entiende con el pensamiento) todos los salones de un lujoso palacio, no encuentro en ningún objeto *compuesto* el valor intrínseco, solo y aislado, de una peseta; pues desde el borlón de seda y oro que recoge la adamascada colgadura, hasta la sencilla fosforera de nácar que muestra su purpúreo matiz en la elegante mesa de noche, veo representado el valor de más de una peseta; pero no me canso de buscar, porque no hay duda, una peseta es una unidad, y aunque sea en un palacio, tiene que hallarse representado su valor; á fuerza de buscar, al fin lo encuentro: una peseta le sirve al millonario para gozar cinco minutos de placer, representados en las espirales de humo que suben desde la blanca ceniza de su veguero..... no puede ser más *tenue* el servicio que presta una peseta en semejante caso; gasta cinco minutos de la vida del hombre, trasformándose al fin y al cabo en moléculas invisibles.....

Miré á la peseta, que seguía reclinada sobre el platillo de mi tintero, é instintivamente la tuve compasión. ¡Valía tan poco!

Dejando á un lado mármoles, sederías y joyas, voló mi pensamiento al cuarto principal de una casa de vecindad *(decente)*, habitada por un administrador de casa grande ó por un empleado del Estado, con sueldo de cinco mil pesetas; y siempre dando vueltas mi observador y curioso cerebro, empezó á buscar, entre los objetos que le rodeaban, el valor de mi pesadilla en forma de peseta, pero aquí fué Troya: en la tal habitación había más objetos de á peseta que los que buenamente me hubiera figurado; la libra de velas repartida en las palmatorias de las alcobas, valía una peseta; cada uno de los *volúmenes* de la biblioteca de instrucción y recreo que se hallaban en el despacho del señor, valían una peseta; el sujeta-papel del escritorio, valía una peseta; el *crepé* con que rellenaba sus trenzas la primogénita de la casa, valía una peseta; hasta los pendientes de la cocinera, regalo del señorito, valían una peseta!..... Huyó de allí mi cabeza mareada de su expedición, y al llegar á la portería se encontró al amo del cuarto, pagando una peseta á un cochero de *punto;* el señor venía del Buen Retiro (no era noche de concierto). ¡Horror! me dije á mí misma: ¡cuántas pesetas *representadas materialmente* y en tan poco tiempo! Efectivamente, una peseta para el que recoge cinco mil al año, le sirve para alumbrarse, para instruirse, para que no se le vuelen los papeles, para que el pedazo de su corazón encuentre novio, gracias á la *abundancia* de su cabellera; para que *su servidumbre* le sirva con agrado; y, finalmente, para gozar un cuarto de hora de coche, después de haberse reído con los *Cuatro Sacristanes* y haberse entusiasmado con las pantorrillas de las *tirolesas*, ¿puede pedírsele más variación ni más utilidad á una peseta? ¿qué más puede desear el hombre que vivir alternando decentemente con la sociedad y ver cubiertas *todas* sus necesidades?.....

Alcé los ojos del papel y miré á la peseta; se me figuró que se reía de mí; por más señas diré que la peseta era una de esas que tienen una *España* con una florecita en la mano. No había duda, ó la peseta ó el último rincón de mi pensamiento me decían algo que yo traduje así (habla la peseta): «No me gusta la variedad de objetos con que me dejaste representada en tu último párrafo; búscame colocación mejor; ¡busca, busca!.....»

Héteme confusa y sin saber adónde acudir para darle gusto á mi melindrosa peseta, cuando de pronto se me viene á las mientes la siguiente lista:

Pan, tres libras	18	cuartos.
Patatas, dos libras	5	,,
Aceite, un cuarterón	6	,,
Carbón	4	,,
Especies	1	,,
TOTAL	34	,,

ó sea una peseta, desayuno y comida del pobre trabajador, que no cuenta más que dos pesetas de jornal para comer, tener albergue y vertirse él, su mujer y acaso algún chico; decididamente, la peseta y yo (tal vez las dos) estábamos contentísimas de nuestro descubrimiento, porque por un movimiento espontáneo ella se resbaló desde el tintero á punto que mis dedos la aprisionaban, y sin perder más tiempo que el necesario para ceñirme el velo, me encaminé al cuarto de mi madre, á la que quieras que no quieras hice vestir de prisa y corriendo, dirigiéndonos las dos á la calle, donde dí la peseta al primer trabajador que hallé afanado en labrar el mármol de un palacio en construcción.....

Pero al dársela se me ocurrió el último pensamiento sobre *una peseta*, que deseo sirva de final á este artículo. Si no hubiera quien reuniese muchas pesetas, el pobre no gozaría de ninguna; sólo es menester, para que una peseta sirva útilmente en todas las clases de la sociedad, que el que tiene varias se acuerde con frecuencia del que no tiene ninguna.

Madrid. ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

REVISTA DE MODAS.

Para contemplar las últimas creaciones de la moda, hay necesidad de sentarse debajo de los tilos y de las acacias, ó entre las casetas de los bañistas en las playas de San Sebastián, Biarritz ó Deva. ¡Qué grato es en estos días calurosos hablar de vestidos y sombreros, acariciados por la brisa del mar ó el viento de las montañas! ¡Qué característica la moda de este año! Cada señora se trasforma en una campesina de Wateau ó Vaudeville, combinando las telas más bellas para conseguir su *disfraz* de circunstancias. Ya se sabe que no puede salir de Madrid una jovencita sin uno ó dos vestidos marineros, pescadores ó campesinos, y justo



La virtud del trabajo



Los amiguitos de la niña



El ciego ante el Sanhedrin

es confesar que no parecen más hermosas cuando se adornan de tul y de encajes para asistir á los salones en el invierno. La sencillez realiza el encanto de los primeros años!

Un modelo para traje de playa tengo á la vista, que es digno de recomendarse por su gran originalidad. Sobre una falda de seda grana, va en los costados un paño de encaje crudo bordado de grana, y una tela de satén de algodón encarnado con grandes lunares blancos, forma deliciosos drapeados por delante y por detrás, con paniers á la izquierda, sujeto con lazos grana, que deja ver el paño interior de encaje: el cuerpo torcido y escotado en pico sobre plastón de encaje, lleva un delantero con bieses de la misma tela y otro con vuelta de encaje que forma cuello marinero por la espalda. Completan este traje sombrero de paja con lazos grana, la red de pescar al extremo de una percha y una cesta pendiente del hombro con una correa para depositar en ella la pesca. Otro he visto reproducido para las hijas de la condesa viuda de A., que era de lana blanco, con túnica abierta igual, con galón ancho azul alrededor y las áncoras bordadas de igual color en el delantal de la falda en un echarpe arrugado sobre la túnica, y en él gran cuello marinero que completaba un cuerpo de blusa.

Para el baño se han hecho también trajes caprichosos, ajustados siempre á la hechura ya recomendada de calzón y túnica: las hay que son un cuerpo de blusa con cintura holgada, á la que va unida una falda corta tableada; otras más pretenciosas que abren por delante en todo su largo sobre plastón de otro color, conservando siempre la faldita de grandes pliegues por detrás, hechura conveniente por más de un concepto: algunas se adornan con un echarpe anudado á un lado, de tela igual al adorno de la blusa, y otras llevan áncoras bordadas en el cuello y plastón, que aunque es lindo, no tiene ya el privilegio de la novedad. Acompañan á estos trajes redecillas de goma, y he visto también un gorrito de jockey hecho en las mismas telas que el traje, con su visera de cuero, siendo también muy general el peinador de franela para entrar y salir en el agua, lo que evita un poco el espectáculo de la bañista á los ojos de los curiosos que se estacionan en la playa: la forma de estos peinadores es un saco de mucho vuelo, montado en los hombros á un canesú, y tan largo que cubre hasta los pies, completándole capucha y mangas perdidas, que suelen adornarse con trencillas ó bordados de lana como el canesú y capucha.

En cambio de esta sencillez que impone la moda para la playa y el campo, las señoras desquítanse á su gusto en los trajes del paseo y del casino; para éstos sobre todo apuran todo su ingenio y conciertan las más vistosas telas. He visto para este objeto una túnica de foulard á cuadros rosa y blanco, drapeada sobre falda de encaje blanca y unida sólo en el hombro sobre camiseta con mangas de encaje también, que con los lazos que la recogían era de una frescura encantadora. Otro de dos volantes anchos, de velo rosa y túnica deliciosamente drapeada de gasa rosa con flores bordadas, que era un modelo de elegancia, y otra falda bordada en colores sobre batista blanca, admirablemente dispuesta sobre una primera falda de surah verde agua, que competía en elegancia con la mejor que puede lucirse en los salones de la corte.

No por estas noticias han de creer mis buenas lectoras que Madrid se ha quedado huérfano de elegancias. Todavía en los jardines del Buen Retiro y en algunas casas particulares que reciben en patios á la andaluza ó en salones de verano con salidas á los jardines, admíranse trajes muy bellos, con el carácter de la estación, esto es, con cierto aire campesino que, si no ahuyenta el calor, tiene la pretensión de combatirle. ¡Bien haya el buen gusto de la mujer que realza sus encantos favoreciendo el gran desarrollo de la industria y el comercio, fuentes de riqueza de la nación!

Madrid, 18 Julio 1887. CORREO DE LA MODA.

GOTAS Y BURBUJAS.

Yo ví en la negra charca del pantano
Burbujas bullidoras
Subir hinchadas por el aire vano,
Un instante hervidoras
Pintar el iris en su leve espuma
Y reventar entre la espesa bruma.

No así el vapor sutil que se levanta
Del lago cristalino;
Y es la nube que fúlgida abrillanta
El cielo vespertino;
O la lluvia que rápida desciende
Y por los campos la abundancia extiende.

Desprovistas de nobles energías
¡Cuántas almas perecen
Sin dejar una huella de sus días!
¡Qué pocas aparecen
Que sean por su virtud é inteligencia
La inextinguible luz de la conciencia!

México, Agosto de 1887. ANTONIO REVILLA.

ASTROS Y LÁGRIMAS

POEMA DRAMÁTICO

POR ERNESTO GONZALEZ.

[*Continuación.*]

VIII

EN EL BALCÓN.

GOLONDRINAS Y OROPÉNDOLAS.

GOLONDRINAS.

Nos vamos, nos vamos.
Octubre ya llega:
Violetas azules
Los campos tendrán.
Nos vamos, nos vamos.
Del África ardiente
Oasis risueños
Calor nos darán.

OROPÉNDOLAS.

Pasad lijeras,
Aves parleras,
Y nuestro duelo
No interrumpais.
Ayer al aura nuestros cantos dimos,
Y hoy, de dolor gemimos.
Pasad, pasad.

GOLONDRINAS.

Oropéndolas hermosas,
¿Por qué así bajo el alero
Con acento lastimero
Vuestras voces elevais?

OROPÉNDOLAS.

Golondrinas bulliciosas,
No os sorprenda duelo tanto.
Nuestra niña, nuestro encanto,
Ay! acaba de espirar!

GOLONDRINAS.

Nos vamos, nos vamos.
Octubre ya llega:
Violetas azules
Los campos tendrán.
Nos vamos, nos vamos;
Mas antes, prolijas,
Decid vuestras penas:
Amigas, hablad.

OROPÉNDOLAS.

La niña está tendida
En su fúnebre lecho,
Con las marmóreas manos sobre el pecho,
De negro tul, cual su dolor, vestida.

El copioso cabello,
Cayendo en blondos rizos,
Ovala de su frente los hechizos
Besando el alabastro de su cuello.
En sus hundidos ojos
Violetas se posaron,
Y los cárdenos lirios amargaron
La dulce risa de sus labios rojos.
Emociones extrañas
Sienten las niñas muertas,
Pues que brillan dos lágrimas inciertas
En la seda sutil de sus pestañas.
Su frente aun está tibia,
Latir parece el seno;
Hondo suspiro de ternura lleno
Semeja ya que su dolor alivia.
El ángel de la muerte
Se acercó de rodillas,
Y al besar de la niña las mejillas
Macilentas dejólas de esa suerte.
Y todo ha terminado,
La vida huyó al instante;
Marchito nos lo dice su semblante
Que el buril de la muerte ha perfilado.

. . . . . .
. . . . . .

¡Ay, Carolina! nuestro amor y abrigo!
¿Quién á tus oropéndolas
Dará mañana, desoladas viéndolas,
Rubias espigas de dorado trigo?....
Pasad ligeras,
Aves parleras,
Y nuestro duelo
No interrumpais.
Ayer, al aura nuestros cantos dimos,
Y hoy, de dolor gemimos:
Pasad, pasad.

GOLONDRINAS.

Nos vamos, nos vamos.
Octubre ya llega:
Violetas azules
Los campos tendrán.
Nos vamos, nos vamos,
Mas antes, prolijas,
Decid vuestras penas,
Amigas, hablad.

OROPÉNDOLAS.

Dicen que amor mentido
La vida le ha robado,
Y su postrer aliento apasionado
Sólo nosotras hemos recogido.
Con voces plañideras
Sus penas endulzábamos,
Y al morir, quedo, quedo, le cantábamos:
«No te mueras mi niña, no te mueras;»
Mas ella desoía
Nuestra canción, y mustia,
Retorciendo los brazos con angustia
«¡Ay del que queda!»—con dolor decía.
Y murmuraba entonces
Palabras de ternura
Tan tristes, que en su inmensa desventura
Conmovieran á mármoles y bronces.
«Julián, yo quiero verte!»
«Ven, que me estoy muriendo!»
Y á sus ayes el eco respondiendo,
Cavernoso clamaba: «¡Muerte, muerte!»
«Olvido que me inmola,»
«¿Morir así me dejas?»
Y nosotras gimiendo con sus quejas
«Muere en paz—le dijimos—no estás sola.»
Y al fin de la agonía
Exclamó en su abandono:
«¡Decid á mi Julián que le perdono!»
«¡Ay del que en idos por su mal confía!»

. . . . . .
. . . . . .

¡Ay, Carolina! nuestro amor y abrigo!
¿Quién á tus oropéndolas
Dará mañana, desoladas viéndolas,
Rubias espigas de dorado trigo?.....
Pasad ligeras,
Aves parleras,
Y nuestro duelo
No interrumpais.
Ayer, al aura nuestros cantos dimos,
Y hoy, de dolor gemimos;
Pasad, pasad.

GOLONDRINAS.

Nos vamos, nos vamos.
Octubre ya llega:
Violetas azules
Los campos tendrán.
Nos vamos, nos vamos.
Del África ardiente
Oasis risueños
Calor nos darán.

. . . . . .
. . . . . .

Y aquellas aves, del verano galas,
De la muerta el balcón abandonaron,
Y volando.... volando se alejaron
Enjugando sus ojos con las alas. ..

IX

ENTRE NUBES.

EL ÁNGEL DE LA MUERTE. —Hermano, estas dos lágrimas
Al morir ha vertido Carolina;
Haz que fulguren en el cielo espléndidas
Al lado de la estrella vespertina.
EL ÁNGEL DE LAS LÁGRIMAS.—Que las bese permíteme;
Son tan hermosas cual radiante Sirio.
EL ÁNGEL DE LA MUERTE. —De rodillas, hermano, que los ángeles
Se postran ante el llanto del martirio!

Continuará.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

—¡Siempre le guardaré gratitud por haberme elevado hasta la sublime esfera de los sentimientos; él despertó mi corazón; él me hizo comprender la parte más bella de la vida; él me hizo gustar la felicidad!!

—Ojalá no te hubiera hecho conocer jamás esa felicidad, cuya pérdida llorarás eternamente. Vale más no poseer, que perder lo que se posee.

—Pero me ha amado ocho años, cerca de nueve; ¿y tú sabes lo que valen tantos dias de amor? Le debo nueve años de ventura, y en esta triste existencia ¡valen tanto nueve años de felicidad! ¡Un dia de amor, un solo dia de amor suyo, lo compraría yo con cien años de grandes penas! He vivido nueve años, sí; porque la vida es el amor; ¿y quieres que sea ingrata con el que me ha dado nueve años de vida? Infiel y amante, desdeñoso y apasionado, le amaré, siempre le amaré. Mi amor no necesita ser correspondido para vivir; es tan grande, es tan inmenso, que se alimenta por sí mismo. Nada lo matará; si él se acerca á mi tumba, estoy segura que mi corazón se animará, y volverá á latir. ¿Puedes comprender la ventaja de este amor?

¡Desdichado el que no ama; compadezco á los corazones gastados que no pueden amar!

Prefiero me abandone Mario por otra, que por indiferencia, que por falta de sensibilidad.

¡No amar más, debe ser una cosa espantosa, fatal!

—Te engañas, hija mia; ese amor gasta tu existencia; aunque fueras más fuerte, sucumbirías.

¡El hierro es muy fuerte, y sin embargo lo corroe el moho!

¡Infeliz criatura! Eres cual el incienso que embalsama el fuego que le que-

ma. ¡Los ángeles no pueden vivir en la tierra, tú has nacido para otro mundo mejor!

Cándida tomó la medicina y quedó dormida. Su sueño era sobresaltado, intranquilo; era el sueño del narcótico, sueño artificial que no satisface.

Doña María pasó toda la noche al lado de su hija rezando.

Al dia siguiente el anciano doctor encontró un poquito mejor á la enferma á pesar de que la fiebre continuaba.

Ya eran las cuatro de la tarde cuando Marta entró á despertar á doña María, que había quedado dormida sobre la almohada de su hija.

—Señora, la llaman á usted, quieren verla—decía Marta con voz alterada, sin atreverse á anunciar al recién llegado por temor á la impresión que esta noticia pudiera causarle á Cándida.

Doña María arregló un poco el desorden de su traje y cabello, y salió diciendo á su hija:

—Pronto vuelvo, no te desabrigues, que debes sudar mucho.

—Mamá, no te detengas demasiado, que me encuentro mal sin tí.

—En seguida estaré contigo.

Marta entró en el cuarto de su señorita para hacerla compañía.

Doña María se dirigió á la salita en que recibían, y al encontrarse con Mario Alcaraz, quedó muda cual la estatua del asombro. Mario dió dos pasos hacia ella sin saber qué decirla, asustado por su turbación.

Doña María se repuso y le recibió con una urbanidad fría que fué para él la más severa recriminación.

—¿Y Cándida?—preguntó Mario tímidamente.

—Está enferma, caballero.

El acento con que doña María pronunció estas palabras causó en el corazón del joven una impresión que se apresuró á disimular.

—¿Qué padece?—volvió á preguntar haciendo un esfuerzo por adquirir la serenidad que le faltaba.

—No lo sabemos: en mi hija domina el espíritu á la materia, y todos sus males suelen ser dolores que no clasifica la patología, porque el paciente no sabe dónde radican, y no pueden adivinarlo los que se dedican á la ciencia de curar.

—Es preciso estudiar la enfermedad que atormenta á Cándida.

—Yo creo que el celo de nuestro doctor será infructuoso; los simples químicos no sanan un alma enferma.

Mario se ahogaba: la dignidad de aquella mujer que le reconvenía de una manera suave é indirecta, lastimábale más que si le hubiera dirigido acres y duros reproches.

La conversación seguía el giro que había tomado: entretanto Cándida preguntaba á Marta:

—¿Pero no sabes decirme quién es el recién llegado?

—Yo no me he fijado en él.

—¡Esto es extraño; introducir en casa á un desconocido!

—Como preguntó por la familia de Santafé, al ver que conocía el apellido de ustedes le hice pasar sin más averiguaciones.

—Todo lo que me dices no tiene el menor carácter de verdad.

Es raro que mamá se detenga tanto tiempo.

Con tu reserva me haces sospechar mil cosas desconsoladoras, que no acierto á explicar.

¿Qué sucede en esta casa?

—Nada, señorita, ¿por qué se alarma usted sin motivo?



La vuelta al nido

—Porque vaciles al contestar á mis preguntas, porque me ocultas algo, porque me estás engañando, y yo quiero descubrir tus mentiras.

—¿Qué cree usted que oculto?

— Esto es lo que no sé: estás haciendo misterios de la visita del desconocido, y yo que de mi suerte no espero nada agradable, supongo pesará en estos momentos alguna nueva desgracia sobre mi familia.

Continuará.

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Tiro de "Hurl Gate," en New York.—Una de tantas empresas atrevidas de los norteamericanos, ha sido la de remover los obstáculos que se oponían á la navegación en el Rio Este, cerca de Nueva York. En frente de la isla de Manhattan este rio era angosto y peligroso á causa de de los muchos arrecifes, impidiendo el paso de los buques de gran calado, por lo cual el Gobierno se propuso profundizar el canal. Al efecto se construyó un dique de manera tal, como se ve en nuestro grabado, para desviar el agua durante la obra, y entonces las rocas fueron excavadas, formándose así el tiro central: de este tiro las vias fueron introducidas bajo la madre del rio. Las galerías que se ven en el grabado son las aberturas de las vías, y se extienden en una serie de semicírculos concéntricos por toda la excavación. Además de estas vias ligadas con el tiro, hay veintiocho más. Las vías y galerías se extienden por 7,428 pies, y su altura varía de 13 á 20 pies; la más larga es de 315. La fuerza explosiva que se ha empleado en esta obra es enorme, pues asciende á 100,000 libras de nitro-glicerina. Los trabajos han durado siete años, y el costo total, para hacer navegable dicho rio, pasó de cinco millones de pesos.

La virtud del trabajo.—Aunque la ley del trabajo no hubiera sido impuesta por Dios, deberíamos imponérnosla nosotros mismos, tan grandes son las ventajas que reporta. El que tiene una ocupación ó trabajo, distrae los pesares que perturban su ánimo, los cuales rara vez escasean en la vida; el que trabaja está libre de toda mala tentación, y jamás se le hace monótona la existencia. Además, el progreso nos ha llegado á favorecer con tan ricas maquinarias, que ya no se hace pesado el trabajo, pues le es grato al fabricante ver formarse con gran rapidez caprichosos tejidos de colores, por medio de sencillos hilos ó cordones que él pone en movimiento para el tejido. Amemos el trabajo que nos aleja de todo mal, y que nos proporciona en la juventud recursos para descansar en la vejez.

Los amiguitos de la niña.—Esta interesante muchachita parece no querer jugar con las muñecas, que son las primeras amigas en la edad infantil; las pospone al libro y al gato, de los cuales está haciendo sus compañeros. En su inocencia no puede comprender que no debiera fiarse del compañero felino, pues el gato es alevoso, y es posible devuelva á la niña arañazos por caricias. Si así sucede, ésto no será más que una parodia de lo que ocurre en la vida, pues solemos hacer favores á individuos ingratos que corresponden con iniquidades á los beneficios?

El ciego ante el Sanhedrin.—El Sanhedrin, que se escribe con *h* y no como lo marca el último diccionario de la Academia, era el Consejo Supremo de los judíos en que se trataban y discutían los asuntos de Estado y de Religión. En un principio fué presidido por el Sumo Pontífice, y después por el Patriarca. Este Consejo, de tan elevadas atribuciones, subsistía aún en Jerusalem en tiempo de Jesucristo, lo mismo que en otras ciudades de Palestina. El de la capital se componía de sesenta ancianos notables por más de un concepto, y los de las provincias constaban sólo de veintitrés: ante este tribunal se presentó el ciego á que se refiere nuestro grabado, dando cuenta de los milagros y bondades de Jesucristo, por haber sido él uno de los favorecidos.

La vuelta al nido.—Hasta en los animales se halla desarrollado el instinto de la maternidad, y en el mundo de los volátiles hay sentimientos tiernos como en el de las criaturas racionales. En la familia alada que presentamos en nuestro grabado, aparece la madre de regreso de su excursión trayendo en el pico alimento para sus hijuelos; éstos la reciben piando con gran regocijo, y se convierte para ellos en banquete una espiga de trigo. Si los pájaros cuidan tanto á sus hijos, qué no harán las madres educadas bajo la atmósfera de sentimientos nobles y delicados.